

La sociología de la ciencia, Mario Bunge, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1993, 125 páginas.

Acerca de cómo un debate se empobrece

"¿Quiénes dirán la verdad: los que la buscan o los que niegan la posibilidad de encontrarla? Si no hay verdad objetiva ¿por qué los investigadores se empeñan en poner a prueba sus conjeturas? Si la verdad no es la moneda de la república de las ciencias ¿cómo se explica que su falseamiento sea equiparado a la falsificación de la moneda corriente y castigado con el ostracismo de la comunidad científica?"

De esta manera Bunge nos introduce en el problema de los discursos acerca de la ciencia, en el sentido más clásico de lo que una determinada tradición filosófica ha concebido como racionalidad. El objetivo del trabajo "Sociología de la ciencia" es la descripción del desarrollo disciplinar homónimo sucedido a lo largo de este siglo, en las escuelas norteamericana, inglesa y francesa, con las caracterizaciones respectivas. Para realizar esta tarea, el autor se retrotrae a señalar los orígenes de este nuevo campo del saber, poniendo el acento primordial mente en la filiación marxista de la disciplina, y aceptando, tácitamente, la vieja y trillada distinción entre los contextos de descubrimiento y justificación, con la tradicional división de tareas que, en este marco, a la filosofía y la sociología les compete. Desde las primeras páginas se encarga de tomar partido, lo cual es legítimo, pero cae en una sucesión de intentos de desprestigio y de caricaturización del adversario, lo cual no lo es tanto.

En su recorrido por las distintas escuelas de la sociología de la ciencia, en la obra se señala como origen auténticamente científico de la disciplina la escuela de Merton, al igual que en la historiografía, la escuela de Braudel y los famosos *Annales*. "En ambos casos, el marxismo, para poder prestar alguna utilidad, tuvo que ser aguado y activado (en vez de ser recitado) -aguado, o sea, despojado de su tesis radical externalista según la cual el marco de referencia determina el contenido, y activado, es decir, transformado, de retórica en investigación." Quizás lo que Bunge no explícita es que la sociología de la ciencia mertoniana se constituyó sobre un programa a partir del cual se deslinda del trabajo emprendido por la sociología del conocimiento de

Mannheim y sus pretensiones de analizar el núcleo cognitivo mismo de la actividad científica, convirtiéndose en una normativa.

"Marx y Engels son los abuelos de la moderna sociología de la ciencia" en tanto advirtieron la fuerte impronta de lo social incluso en la formación de la conciencia, señala más adelante. Esto es tal vez el hecho más grave para Bunge: la mirada sociológica de este siglo parece hacerse cargo de tan aguda aseveración realizada en el siglo pasado, por lo que retoma la problematización del contenido social del conocimiento, particularmente de aquel que se constituyó en hegemónico en el mundo capitalista en el que vivimos. Y esto es lo que constituye lo *anticientífico* de la disciplina, porque el autor considera que se ha elevado a un discurso meramente ideológico.

Desde la década del sesenta surgieron las nuevas orientaciones en la sociología de la ciencia, que se consideran a sí mismas como posmertonianas en tanto cuestionan la adhesión al paradigma estructural-funcionalista. Lo que Bunge considera sus "dogmas centrales" son los que impiden a los sociólogos, según él, comprender los procesos específicos del conocimiento científico que lo distinguen de otras actividades practicadas por los seres humanos. Quedan por verse los dogmas centrales del positivismo -corriente de la cual Bunge es fiel representante-, que son los que le impiden a los pensadores orientados en esta dirección concebir la noción de racionalidad en un sentido más amplio, en el cual se tomen en consideración los procesos de consenso creados alrededor de la aceptación o rechazo de determinadas ideas en ciencia. No hay, a lo largo del trabajo, planteos que cuestionen y revisen críticamente el núcleo teórico de esa tradición; sólo parece que "está de moda denigrar al positivismo, y la nueva sociología de la ciencia se dedica con fruición a este deporte".

Aflora, como dimensión tácita compartida por esta escuela filosófica, el universo de la tradición clásica: el mundo ordenado responde a una jerarquía en la cual no todo vale igual, donde no todo conocimiento es relevante del mismo modo, donde hay estratos superiores considerados verdaderos, y otros inferiores que no alcanzan el estatus del saber acreditado. En tanto son los mecanismos y las formas del saber lo que conforman el objeto de las preocupaciones de Bunge, sigue reeditando las viejas estructuras que este siglo se encargó de someter a crisis, desde sus inicios, con ciertas formulaciones en ciencias "duras", y, a partir de la década del sesenta, con la incorporación del giro "interpretativo" en las ciencias sociales.

Desde el programa fuerte de la Escuela de Edimburgo, pasando por Knorr-Cetina y Cicourel, desembocando en Woolgar y Latour,

sin dejar de mencionar a Fleck y Forman, a la escuela de Frankfurt, Mulkay y Collins, nada queda en el tintero y todo se somete a una profunda desvalorización. La denostada relativización del conocimiento, la acusación de oscurantista de la visión pragmatista, el uso peyorativo de ordinarismo para referirse al constructivismo, son los recursos utilizados para depreciar sustanciosos aportes realizados en la dirección de desenmarañar la complejidad de la ciencia como objeto de estudio.

Conceptos tan iluminadores como el de *explicación por intereses, arenas transepistémicas, redes, capital social*, y otros de relevancia similar, son opacados y sobreimplementados a lo largo de un trabajo que no presenta las características de una confrontación teórica, sino más bien parece responder a una lógica partidaria.

Para una cierta concepción, la razón clásica griega, *logos*, es la que ordena el desorden inicial y va convirtiendo al mundo en una paulatina y progresiva diferenciación del universo mítico y religioso del cual se va desprendiendo. Ese orden se instaura sobre la "justicia inmanente" de la naturaleza, que descansa en la idea de la legalidad del mundo. Toda la modernidad -entendiendo a ésta no meramente como una edad histórica, sino más bien como un proceso cultural del cual, en un sentido, aún formamos parte- afianzó esta "creencia", asimilándola con tanta fuerza que la ha "encarnado" y corporizado en una de sus creaciones más magistrales y grandiosas: la ciencia.

Desde la filosofía que Bunge acepta, la ciencia es el modo de conocimiento más acabado y racional que existe. La ciencia emerge como una actividad consistente, regulada por reglas específicas, que tiene por objetivo primordial acercarse a la verdad de los hechos. Uno de los elementos que definen esta especial actividad y que nos otorga la llave de acceso al mundo factual es el método científico. El método es el mejor camino posible para adueñarse de los secretos que posee el universo que nos rodea; el método es el que garantiza el valor supremo de la verdad objetiva de un conocimiento que se distingue de la magia y el desorden; el método es el que indica con precisión y certeza el camino a seguir para evitar los errores.

¿Pero cómo se puede preservar esta concepción cuando, en realidad, se nos ofrece un salto que va desde lo metodológico a lo ortológico? ¿Cómo justificar una postura que no es capaz de distinguirse a sí misma como una postura, sino que se erige como la única alternativa verdadera? El problema ya no se plantea en términos de internalismo y externalismo, sino de concepciones acerca de lo que por conocimiento se entiende.

Bunge parece no comprender la riqueza de concebir el conocimiento como producto de una construcción activa del sujeto. No puede -o no quiere- captar la sutileza de que un modo histórico de acercamiento a los objetos no es algo que el científico haga en soledad, sino que se realiza desde una particular situación por la cual está comprometido a realizar ciertas acciones y desechar otras, adhiriendo a perspectivas y valores considerados lícitos, en el marco de una tradición que excede lo individual y se inscribe en una referencia más abarcadora, que es la propia comunidad de pares. Aquí radica el nudo de lo "impensable" para Bunge: el problema del relativismo parece corroer los cimientos de la fortaleza científica, y esto resulta intolerable. La ambigüedad no se soporta.

"Pero, desde luego, una figura ambigua es, *por definición*, algo que puede interpretarse de dos maneras diferentes, ninguna de las cuales es más verdadera que la otra. La ambigüedad reside en la figura y en su percepción, no en el rostro y en el jarrón reales", sostiene en referencia a la típica figura del jarrón y los perfiles humanos de la Gestalt. Inmediatamente surge la pregunta: ¿existe otra realidad más allá de la que los seres humanos, científicos o legos, perciben? Desde Kant, el tiempo y el espacio constituyen parte de las capacidades del propio sujeto que percibe, dejando de pertenecer a los objetos del mundo real para trasladarse a la esfera de aquel que se ocupa de los objetos del mundo, pero ahora en calidad de fenómenos. Aquí puede marcarse el origen del desplazamiento desde lo ontológico -las cosas del mundo- hacia el modo que tenemos los seres humanos de conocer -los mecanismos cognitivos-.

La pretensión de cierta sociología de la ciencia, aquella con la cual Bunge más se ensaña, es la de considerarse una disciplina tan autorizada como la epistemología para intentar explicar cómo se produce el conocimiento de la ciencia. La división *externalismo-internalismo* da cuenta de la tradición en la cual el autor está inmerso, tradición que tiende a establecer rígidas dicotomías que funcionan como "obstáculos epistemológicos" al dificultar el acceso a los matices intermedios. Si la ciencia, más que un esquema abstracto y absoluto montado en correspondencia con las leyes de la naturaleza, es considerada una actividad, una estrategia, un estilo intelectual producido como una forma de vida por los científicos, hijos de su tiempo, de su historia y de su sociedad, se hace indispensable revisar el sistema de convenciones en el cual la comunidad de científicos ha sido disciplinada en su modo de percibir la realidad.

Nuestro autor, por supuesto, no comparte esta posición. "Para el estudiioso serio de la ciencia, ésta es el referente central de sus enun-

ciados, y la sociedad, su referente periférico", dice. Sostiene que el sociólogo de la ciencia, en tanto extermalista radical, no puede establecer tal distinción, confundiendo lo central con lo periférico. Y agrega: "Esta fusión es una treta conveniente para eludir cuestiones 'técnicas', como la construcción y verificación de las teorías científicas; de este modo, el estudioso puede prescindir de los elementos básicos de la investigación y dedicarse a sus instrumentos, aspectos exteriores y contingencias diversas." Curiosa manera de referirse a una formulación que intenta rescatar la ausencia de necesidad en la labor científica presentándola como un hecho contingente, como un producto histórico más que como tal debe ser estudiado. La perspectiva sufre una torsión: lo central no es destacar el concepto de investigación *hacia* la verdad, sino establecer *desde* dónde investiga el científico, a partir de qué conjunto de intereses guía su acción futura. Y nada de esto es retomado por Bunge.

Las distintas corrientes en sociología de la ciencia merecen un estudio profundo, analítico y crítico. Hay muchas preguntas que deben ser formuladas y elucidadas. ¿En qué medida ciertos estudios pueden relacionarse con los problemas que la sociología se ha planteado? ¿Sólo se puede considerar a la ciencia en sus procesos de normalidad, o tal vez se necesiten otras formulaciones para dar cuenta de las innovaciones extraordinarias? ¿Qué supuestos filosóficos y epistémicos subyacen en las investigaciones de la denominada nueva sociología de la ciencia? ¿La ciencia es neutral o existen en su seno mecanismos de dependencia y juegos de poder? Tal vez aquí podamos señalar algunos flancos débiles de esta disciplina; es una pena que Bunge no pueda plantear en estos términos el debate. Hubiera sido más enriquecedor.

Julia Buta